

LA
GRAMATICA
DEL
LADRIDO

RECOGIDO EN "De esto y de aquello" tomo II



RECORDAMOS haber leído hace ya tiempo una curiosa teoría histórica acerca de las relaciones entre el hombre y el perro. Según la cual este animal doméstico — del que se ha dicho que sería el mejor amigo del hombre si tuviese dinero — no fué reducido a domesticidad por la fuerza, como el toro y el caballo, sino que se asoció voluntariamente al hombre. La relación, pues, entre el hombre y el perro sería una especie de contrato tácito, sinálgmático y bilateral. Y no sabemos si conmutativo.

Nos dan cuenta, en efecto, los naturalistas de especies animales — terrestres, volátiles y marítimas — que se asocian para la caza, descubriendo una la presa y apresándola la otra que deja un despojo como premio a su colaboradora. Tal dicen el león y el chacal. Y así, añaden, debió de asociarse el perro al hombre.

Lo cierto parece que no se conoce la especie primitiva, prehistórica por decirlo así, de que procede el perro, si es que procede de una sola. Los que pasan por perros salvajes, como el *dingo* australiano, son cimarrones, o sea descendientes de perros domésticos o civilizados que han vuelto a la salvajería. Como el caballo y el toro monteses de América.

Estos perros cimarrones aullan y no ladran. Así le ocurre al *dingo* australiano. De donde algunos han querido deducir que el ladrido es el lenguaje civil o histórico del perro, el que adoptó para entenderse con el hombre. ¿Lenguaje de expresión o de comunicación? Esto según las distinciones de Oswald Spengler, que en el segundo tomo de su obra sobre «La caída del Occidente» no deja de tomar en cuenta al perro y su lenguaje, ya de gestos, ya de ladridos.

El perro oye hablar al hombre, que es como su dios, quiere imitarle y se pone a ladrar. El ladrido es un esfuerzo para hablar. Pero cuando le duele de veras el perro aulla. El ladrido es lo intelectual y lo deportivo; el aullido es lo patético y lo serio.

¿Habrá diferencias en el ladrido? ¿Diferencias de tono, de pausas, de acento? No sabemos de ningún sabio que se haya propuesto estudiar el ladrido como lenguaje perruno. Y eso que hemos leído de un sabio inglés que había ido a las selvas de Borneo, provisto de un fonógrafo, para instalarse allí en una jaula a fin de

estudiar la lengua de los orangutanes. Y pensamos que su objeto sería traducir después, por cuenta de la Sociedad Bíblica, el Nuevo Testamento al orangutánés en discos fonográficos. ¡Ah, si el hombre consiguiera aprender a ladrar significativamente! Porque aunque los cazadores hablan a sus perros no se sabe si éstos les entienden bien siempre.

¿Y no tendrán los perros, como los hombres, distintas lenguas? Desde luego que forman distintas razas, y hay perro danés, el que los franceses llaman *épagneul* o sea español, de pelo largo y orejas caídas; el que nosotros llamamos *gaigo*, o sea *galien*, es decir, francés, etcétera. Y el nombre *gozque* acaso no sea sino *goticu* o sea perro godo. ¿Se diferencian los ladridos del *épagneul*, el galgo y el gozque? ¡A ver si sale por ahí un sabio *cynológico* que estudia el léxico, la morfología, la sintaxis y hasta la estilística de los ladridos!

De seguro que si se nos diera la clave ideológica del ladrido descubriríamos un nuevo mundo, el mundo de la construcción olfativa. Porque el perro, cuyos lóbulos olfatorios tienen un enorme desarrollo, debe de poseer una representación del mundo que nos es tan extraña como al topo la nuestra visual. Cada sentido da un mundo.

Conocimos un sujeto singularísimo, gobernador civil que fué de varias provincias, que parecía no reconocer a la vista un lugar en que ya hubiese comido antes, mas apenas le sacaban a la mesa el cocido y probaba los garbanzos decía: «¡Ternel!» o bien «¡Cuencal!» o «¡Zamora!». Se orientaba por el sabor del cocido. Sólo que esta singularísima representación sensitiva del mundo no podía expresarla adecuadamente por falta de un lenguaje especial. Tenía que hablar como los demás hombres y, francamente, apenas si pronunciaba. Pero comiendo el cocido era una maravilla el gobernador.

Algunos de los que han leído mi novela «Níckla» — recientemente traducida al italiano — me han preguntado cómo logré traducir la oración fúnebre que el perro Orfeo monologó a su amo Augusto Pérez a la muerte de éste y sobre su cadáver y que de donde he sacado aquellas filosofías cínicas o perrunas. Porque Orfeo ni las ladró ni las aulló. «¿Es que usted ha sido alguna vez perro?» — nos han preguntado. — Y aquí una pregunta a la que no es tan fácil contestar como a primera vista parece. Sin que con esto querramos confesar nuestra fe en la metempsicosis.

Creemos que debiera empezarse por estudiar gramaticalmente el ladrido del dogo. Pues debe de ser entre los ladridos el más sintético. ¿Por qué?

MIGUEL
DE
UNAMUNO

«Caras y Caricatas», Buenos Aires (R. A.), 15 setiembre 1922

